

No habrá testigos

LA LETRA CON SANGRE ENTRA
Andrea Pacheco G.

"El crimen de Zamudio, expuesto pública y obscenamente por los medios de comunicación, logró conmocionar a una sociedad que en su totalidad castigó el nivel de violencia y discriminación a un joven homosexual de clase media, asesinado brutalmente. Pero la violencia transfóbica o los crímenes de odio contra transexuales, travestis y prostitutas, que desde hace décadas existen, nunca han logrado tal conmoción. De hecho, no mucho tiempo después de esta muerte, que terminó impulsando una legislación cínica, existieron crímenes transfóbicos igualmente brutales e impunes. Entonces, la pregunta es: ¿Por qué ciertos cuerpos merecen ser llorados y otros no? Hace poco golpearon brutalmente a una compañera transexual, pero ni los medios, ni los homosexuales, ni los movimientos LGTB consensuales con el Estado, dijeron algo. El poder esconde políticas sexuales y allí, ciertos cuerpos convienen, y otros no."

Ernesto Orellana, dramaturgo y director teatral
Integrante de CUDS, Colectivo Universitario de Disidencia Sexual

JESÚS
MONTEAGUDO
GUERRA



El 2 de marzo de 2012, Daniel Zamudio, un joven de 24 años, fue brutalmente golpeado en un parque público de Santiago por cuatro hombres, de entre 19 y 26 años. Tres semanas después murió producto de las secuelas de la agresión, que incluían una oreja cercenada, piernas quebradas, cortes a la altura del estómago en forma de esvástica y quemaduras de cigarro en todo el cuerpo. Los detalles del crimen son estremecedores. Cuatro meses después, el 24 de julio de 2012, fue publicada la Ley 20.609, conocida como Ley antidiscriminación o Ley Zamudio. En su artículo 2º, la ley señala que: "entiende por discriminación arbitraria toda distinción, exclusión o restricción que carezca de justificación razonable (...) en particular cuando se funden en motivos tales como la raza o etnia, la nacionalidad, la situación socioeconómica, el idioma, la ideología u opinión política, la religión o creencia, la sindicación o participación en organizaciones gremiales o la falta de ellas, el sexo, la orientación sexual, la identidad de género, el estado civil, la edad, la filiación, la apariencia personal y la enfermedad o discapacidad".

La muerte de Daniel Zamudio fue tratada desde el primer momento como una agresión homofóbica, producto de una situación de discriminación sexual. Este análisis, aunque acertado, fue también incompleto. Durante el debate posterior, nadie habló nunca de lo que había en el fondo de este drama como motor de esa discriminación: un acto de violencia sexual machista. Quizá porque siempre se ha entendido este delito como un ataque sexual directo hacia la mujer. Igual que la violencia machista presupone que el género de la agredida siempre es femenino. Sin embargo, la violencia sexual machista no sólo se dirige a las mujeres biológicamente nacidas. Es posible encontrar una macabra conexión entre la muerte de Daniel Zamudio y el asesinato de las turistas argentinas, Marina Menegazzo y María José Coni, en Ecuador, por ejemplo; o la violación múltiple de un grupo de hombres a una joven de 18 años, el pasado mes de julio, durante la Fiesta de los San Fermín, en España; o la muerte de Hilario Reyes Gallegos, Karla, transexual asesinada a golpes en Ciudad Juárez y a quien la artista mexicana, Teresa Margolles, dedicaba su proyecto en la última Manifesta de Zúrich. (La situación de Ciudad Juárez es dantesca en este sentido. Desde el año 1993, vienen siendo torturadas, violadas y asesinadas de forma sistemática cientos de mujeres, travestis, homosexuales y transexuales en esa ciudad mexicana). ¿Cuál es el factor común en todas estas muertes? El perfil del agresor. Todxs han sido víctimas de la violencia ejercida por uno o varios hombres, desde una postura misógina, de superioridad y dominación sobre lo femenino o, más precisamente, sobre lo "no masculino".

Durante sus años de residencia en Santiago, Jesús Monteagudo (Barcelona, 1983) ha desarrollado un grupo de obras en torno a esta clase de violencia. En sus cuadros bordados (Synonymus y Sinónimos), Monteagudo se ha detenido en el lenguaje, tan creativo como ofensivo, con el que se califica a los homosexuales en varios países hispanoparlantes. Son más de doscientas las palabras que ha encontrado: moñas, hueco, joto, brito, sarasa, trolo, julay; o expresiones como: camina por la acera de enfrente, se le derrite el helado, le gusta el arroz con popote, entre otras decenas. El artista transcribe en la tela estas palabras utilizando el estereotipo femenino por antonomasia: el bordado. Las obras son gráciles, sutiles, delicadas, pero incorporan el peso de su violencia semántica. Hasta los huevos, la performance que realizó en el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, donde invitaba a romper 91 huevos pintados de rosa contra un muro de concreto, fue quizá una respuesta inevitable frente a la agresión verbal con la que se burlan de gays, lesbianas y trans, de forma cotidiana, las personas heterosexuales en distintos lugares del mundo.

La exposición que presenta en Galería Die Ecke, es también una respuesta a este contexto -el chileno- en el que Monteagudo ha vivido los últimos cuatro años y donde el caso de Daniel Zamudio le resultó paradigmático. Tres bordados de gran tamaño reproducen imágenes aleatorias que Monteagudo encontró en Internet utilizando frases extraídas de la Ley 20.609 como motor de búsqueda. Evidentemente, las frases sueltas y descontextualizadas (El imperio del derecho, Goce y ejercicio), ofrecieron imágenes inconexas, dentro de las cuales el artista decidió seleccionar las que le resultaron más "amables". Como contrapunto frente a esta clase de violencia que inspira todo su trabajo, el artista optó por las imágenes que, de alguna forma, "respiraban cierta bondad", dice.

Las otras dos obras presentes en la exposición operan, sin embargo, desde la absoluta literalidad. Una piedra de 7 kg en medio de una sala puede significar muchas cosas. En este caso, simboliza la peor de todas: es el cuerpo del delito o uno de ellos más bien, con toda la carga que impone su posibilidad de convertirse en un arma letal. Lo mismo que el rojo oscuro con el que el artista ha transcrito el texto de la Ley sobre el papel. Monteagudo ha utilizado 250 ml de su propia sangre, como tinta para esta serie de serigrafías donde pueden leerse los 18 artículos de la Ley Zamudio. Un gesto que compromete su organismo, su propia sangre en representación de tanta sangre derramada, para estampar una serie de palabras que continúan siendo inútiles. Pese a la agilidad y el empeño de sus impulsores, este texto legal no ha logrado todavía detener la violencia machista, auténtica epidemia de nuestro tiempo.

Entre 1780 y 1785 Francisco de Goya pinta La letra con sangre entra. El cuadro retrata a un profesor azotando a nalga viva a uno de sus alumnos dentro de una sala de clases, frente a la completa indefensión de sus compañeros. Se trata de una crítica evidente hacia el maltrato infantil, asunto que Goya vuelve a abordar unos años después en uno de sus grabados, Si quebró el cántaro, de la serie Los Caprichos. Una escena como esta es imposible siquiera de imaginar en un contexto como el actual. Esto podría hacernos creer que, al igual que aquella nefasta manera de educar a los niños en el siglo XVIII, es posible erradicar algún día la violencia machista que hoy afecta a millones de mujeres, homo y transexuales de todo el mundo. O quizá no, quizá por el contrario, sea necesario pensar en imponer la fuerza, incluso el castigo físico, para re-educar pues por ahora, ni escritas con sangre, estas letras "entran".



There will be no witnesses



JESÚS
MONTEAGUDO
GUERRA

LA LETRA CON SANGRE ENTRA
Andrea Pacheco G.

"The Zamudio crime, publicly and obscenely covered by the media, managed to move a society to unanimously condemn the level of violence and discrimination inflicted upon a young, middle class homosexual who was brutally murdered. But transfobic violence, or hate crimes against transsexuals, transvestites and prostitutes, which has existed for decades, has never generated such an uproar. In fact, not long after this death, which ended up pushing through cynical legislation, equally brutal, unpunished transfobic crimes were committed. So the question is: Why do certain bodies deserve to be mourned and others not? A while ago, a transsexual friend was brutally beaten, but neither the media or homosexuals or the LGBT movements working with the government, said anything. Power hides sexual politics and there, certain bodies matter, and other don't."

*Ernesto Orellana, dramaturge and theater director
Member of CUDS, University Collective of Sexual Dissidence*

On March 2, 2012, Daniel Zamudio, a 24-year-old man, was brutally beaten in a public park in Santiago by four men ranging in age from 19 to 26. Three weeks later, he died from injuries sustained in the attack, which included a severed ear, broken legs, cuts on his stomach in the form of a swastika and cigarette burns along his entire body. The details of the crime are blood-chilling. Four months later, on June 24, 2012, Law 20.609 –also known as the Antidiscrimination Law or Zamudio Law– was published. In Article 2, the law stipulates that: "arbitrary discrimination is understood as all distinction, exclusion or restriction that does not have a reasonable justification (...) in particular when it is based on motives such as race or ethnicity, nationality, socio-economic status, language, political ideology or opinion, religion or belief, membership or participation (or lack thereof) in labor organizations, sex, sexual orientation, gender identity, civil status, age, filiation, personal appearance, illness or disability."

From the outset, Daniel Zamudio's death was treated as a homophobic aggression, the product of a sexual discrimination situation. This analysis, albeit true, was also incomplete. In the debate that followed, no one ever spoke of what lay at the bottom of this drama, acting as the driving force behind that discrimination: an act of sexist sexual violence. Maybe because this type of crime has always been understood as a sexual attack directed against a woman. Just as sexist violence supposes that the gender of the person being attacked is always feminine. However, sexist sexual violence is not only directed at biologically-born women. One can find a macabre connection between Daniel Zamudio's death and the murder of the Argentinian tourists Marina Menegazzo and María José Coni in Ecuador, for example; or the gang rape of an 18-year-old girl by a group of men last July, during the San Fermín Festival in Spain; or the death of Hilario Reyes Gallegos, also known as Karla, a transsexual beaten to death in the city of Juárez, Mexico, and to whom the Mexican artist Teresa Margolles dedicated her project in the most recent Manifesta held in Zurich. (The situation in Juárez is Dantesque in this sense. Since 1993, hundreds of women, transvestites, homosexuals and transsexuals have been systematically tortured, raped and murdered in that Mexican city). What is the common factor in all these deaths? The profile of the attacker. All have been victims of violence inflicted by one or more men who assumed a misogynist posture of superiority and domination over the feminine or, more precisely, over the "not masculine."

During his time in Santiago, Jesús Monteagudo (born in Barcelona in 1983) has created a series of work around this type of violence. In his embroidered paintings *Synonymus* and *Sinónimos*, Monteagudo reflects on the language –often as creative as it is offensive– used to describe homosexuals in a number of Spanish speaking countries. He has found more than two hundred words: *monas*, *hueco*, *joto*, *brito*, *sarasa*, *trolo*, *julay*; and expressions such as: *camina por la acera de enfrente*, *se le derrite el helado*, *le gusta el arroz con popote*, as well as dozens more. The artist transcribes these words on the canvas using the feminine stereotype par excellence: embroidery. The pieces are graceful, subtle, delicate, but they incorporate the weight of their semantic violence. *Hasta los huevos*, the performance he gave at the Salvador Allende Solidarity Museum, where he invited people to throw 91 pink painted eggs against a concrete wall, was perhaps an inevitable response to the verbal aggression heterosexual people around the world use on a daily basis to make fun of gays, lesbians and trans.

The exhibition presented in *Galería Die Ecke* is also a response to the context –the Chilean one– that Monteagudo has lived in for the past four years and where the Daniel Zamudio case proved to be paradigmatic. Three large-scale embroideries reproduce random images that Monteagudo discovered on the internet while using sentences taken from Law 20.609 as his search engine. Apparently, loose and decontextualized phrases such as *El imperio del derecho* (The rule of law) and *Goce y ejercicio* (Fun and exercise) conjured up unrelated images, from which the artist chose to select those he found most "friendly". As a counterpoint to the sort of violence which inspires the rest of his work, the artist opted for images that somehow "breathe a certain kind goodness", he says.

On the other hand, the two other pieces in the exhibition operate from a place of absolute literalness. A 7-kilogram rock in the middle of a room can mean a lot of things. In this case, it symbolizes the worst of them all: it (or perhaps several of them) embodies a crime, with all the weight its possible transformation into a lethal weapon imposes. The same can be said for the dark red material the artist has used to transcribe the text of Law 20.609 on paper. Monteagudo has used 250 ml of his own blood as ink for this series of silk-screens where one can read the 18 articles of the Zamudio Law. It's a gesture that commits his body, his own blood to represent all the blood that has been spilt until now, in order to print a series of words that continues to be worthless. Despite the skill and determination of its proponents, this legal text has still not managed to

stop sexist violence, a genuine epidemic of our times.

From 1780 to 1785, Francisco de Goya painted *La letra con sangre entra* (To Spare the Rod is to Spoil the Child). The painting depicts a teacher in a schoolroom whipping one of his students raw before his utterly defenseless classmates. It's an obvious critique of child abuse, a subject Goya broached again some years later in one of his prints, *Si quebró el cántaro* (Yes, He Broke the Pot), from the *Los Caprichos* series. A scene like this is impossible to even imagine in today's world. But perhaps this can give us faith that, just as that reprehensible way of educating children in the 18th century has been eliminated, one day it may be possible to eradicate the sexist violence that today affects millions of women, homosexuals and transsexuals all around the world. Or maybe not. Maybe, on the contrary, it will be necessary to implement force, even physical punishment, to re-educate people; because for now, not even written en sangre (in blood), are these lessons being learned.

